

HIGIENE POLITICA DE LA ESPAÑA,

O

MEDICINA PRESERVATIVA DE LOS MALES MORALES CON QUE LA CONTAGIA LA FRANCIA.

POR

El Doctor Don Antonio Marqués y Espejo, Presbítero, pensionado por S. M.

MADRID:
POR REPULLÉS.
1808.

ADVERTENCIA.

Si por el título general de este impreso hubiese algun curioso que corra á tomarle para ver los medios de defensa, que en él se proponen, á fin de asegurar la independencia de la España contra las maniobras de los ministros falaces de la Francia; los exércitos que deberá mantener en pie nuestra gloriosa nacion, tanto para acabar de arrojar de su territorio los que la han in-

vadido con el dolo y la astucia, como para destruir los pocos que el inhumano vandido de la Europa podrá levantar de nuevo para continuar con sus tiranas usurpaciones, y violencias contra nuestras propiedades mas sagradas; si se creyese por equivocacion poder encontrar en él alguna de las medidas que deberán tomarse por nuestra ilustrada policía para mantener esta corte y sus capitales, libres del espionáge frances, con que regularmente estan infestadas; ó si se pensase, en fin, hallar aquí algunos avisos magistrales, pertenecientes á los ramos de estado, ma-

rina y guerra, desde luego le prevengo que le saldrán fallidas sus esperanzas. Son muy diferentes los fines que me propuse en esta obrilla, y se tratan en ella. Escribir hoy sobre los referidos asuntos seria lo mismo que pretender marchitar los gloriosos laureles, con que han sabido coronarse con un éxîto el mas rápido y feliz nuestros heroicos generales, en quienes sobresalen á competencia la ciencia militar, y el invencible valor; así como seria tambien un imperdonable agravio el intentento orgulloso de poder añadir algunas luces, ó algun zelo á la ilustrada in-

tegridad de nuestros principales magistrados, que, en esta época de consternacion y de peligros, no han omitido género de trabajo ú riesgo para salvar la patria de la furiosa astucia del enemigo comun de la humanidad, cuyo loco furor se ha dirigido mas particularmente contra la España, por lo mismo que siempre fué la mas constante en su alianza y su engrandecimiento; á la manera que el cruel tigre del Africa, despues de saciar su voracidad en la sangre del rebaño, despedaza al pastor en premio de que él se le aproxîmó á sus garras por algun inocente

descuido. Léjos, pues, de tratarse aquí de unas materias tan superiores á mi débil talento, tan agenas de mi estado, y que veo desempeñadas prácticamente de un modo que arrebata mi admiracion, y exîge la gratitud universal, debo advertir anticipadamente, que el objeto de este escrito no es otro que el de hacer observar fiel y escrupulosamente las órdenes, providencias, ó insinuaciones de nuestro gobierno; pues la omision ó indiferencia criminal con que en tiempos pasados se han recibido, y se eludieron las que supo expedir contra los libros fran-

ceses, contra la enseñanza de los dichos *Emigrados*, contra la introduccion de algunos géneros, y contra las conversaciones familiares tenidas con ellos sobre puntos religiosos civiles ó políticos, nos han causado mucho mas daño que las bayonetas de sus soldados. Por lo tanto, grabar bien estas ideas en el corazon de mis compatriotas; mantener su noble entusiasmo; arrancar la preocupacion de algunos, que por un corto interés personal han sostenido la engañosa utilidad de su comercio con los franceses, ocultándolos en sus mismas casas; é indicar por último los

escollos á nuestros descendientes, para que jamas puedan ser conducidos hasta el desgraciado punto á que hemos llegado nosotros: todo esto es lo que he creido deber inculcar en los animos leales, pero demasiado sencillos, de nuestros honrados españoles. Mantenerme ocioso é inútil en un tiempo en que no miran mis ojos mas que esfuerzos de toda especie en toda persona de qualquiera clase y condicion, á favor de la patria, y en honor del Monarca mas amado, y mas digno de serlo por su virtud, por sus prendas, y sus persecuciones, sería para mí lo mismo que

obligarme á sufrir el verdadero tormento del fabuloso *Tántalo.* Ni la edad, ni mis fuerzas me permiten transplantarme hácia los encumbrados montes (puestos por la naturaleza como otros tantos muros de separacion entre dos naciones tan diferentes en todo) que van á ser nuevamente el primer teatro de la guerra presente. Ya en la pasada, como buen vasallo, arrostré en ellos, por el espacio de quatro años, los trabajos y riesgos padecidos en honor de nuestras banderas. Véome tambien privado de los medios que proporcionan su oro al poderoso, para que tranquilo,

seguro, y comodamente dé pruebas de su zelo patriótico, y de los sentimientos de su corazon por nuestro Rey y Señor natural, que Dios guarde, y saque prontísimamente de su penoso cautiverio. En este conflicto, por dar algun desahogo á mi espíritu, pensé en tomar la pluma, lisonjeándome con la esperanza de que tal vez en un tiempo en que se devora con harta ánsia quanto sale de la prensa, relativo á los asuntos políticos del dia, pudiera yo encontrar arbitrio para contribuir á las necesidades del estado. Estos son los fines, y el motivo que sacan á la luz pú-

blica esta obrilla, á la que hubiera intitulado mejor:

Mi Ofrenda
á FERNANDO VII.
y á su leal Nacion.

HIGIENE POLITICA
DE LA ESPAÑA,

ó Medicina preservativa de los males morales, con que la contagia la Francia.

INTRODUCCION.

Los sábios, que sin preocupacion ni parcialidad aprecian en su justo valor las ciencias, nos dicen, tratando de la medicina, que es mucho mayor el mérito de esta quando nos enseña á tomar las precauciones convenientes para evitar la en-

fermedad, que quando señala los remedios para librarse de ella; es decir, que tienen los hombres de talento por mas útil la medicina preservativa que la curativa.

Este principio, que á primera vista se ofrece como verdadero en la medicina fisica, es muy aplicable á la político-moral. Si el español hubiese tomado siempre las precauciones necesarias para que los franceses no hubieran infestado sus costumbres, y alucinado sus entendimientos, no nos hubiéramos visto en esta época (que solo la providencia divina ha podido convertir en la de nuestras glorias)

tan próxîmos á nuestra total ruina. Jamas olvidemos pues, los funestos males á que nos hemos visto reducidos. Procuremos los medios de que no nos puedan acometer mas, y no seamos semejantes al niño, que en quanto dexa de verter sangre, llora porque no quiere que lo quiten de las manos el reluciente acero con que se hirió.

Verdad es que las reflexîones que me propongo hacer á mis compatriotas en este escrito, se oponen algun tanto á las ideas mas comunes, recibidas casi generalmente por los ricos de mi nacion; pero como mi fin es muy laudable, no pienso

desistir por semejante miedo, ni dexaré de indicarles los escollos para que los eviten; y no hay que atribuirlo á mi intencion, si por incidencia, al descubrir la verdad, llego á chocar con sus comodidades, con su orgullo, ó sus caprichos. Pero si el escritor público que se propone la utilidad comun, debe temer á la multitud de hombres, interesados en la prolongacion de los abusos y errores inveterados, por mi desgracia preveo de antemano que nuestras interesantes damas han de creerse muy perjudicadas en mi nuevo sistema político. Sin embargo, tengo mucho derecho á su indulgencia, si

consideran, como lo espero, que las lágrimas que he visto en sus hermosos ojos por el espacio de estos quatro meses, han enternecido mi corazon hasta el punto de desear yo destruir para siempre los motivos de que en lo venidero tengan que derramarlas de nuevo. A esto aspiro únicamente por este papel. Contribuye, pues, (hermoso sexô) á realizar mis intenciones, muy útiles á toda nuestra nacion, y aun de la mayor importancia. El español, á pesar de la gravedad natural de su carácter, sabe obedecer hasta tus mínimas insinuaciones: muy diferente de los franceses sus vecinos, que solo tienen por

las damas mucha zalamería exterior, con la que, quanto parecen mas rendidos, se burlan, y las desprecian mas. Pongámonos, pues, de acuerdo, señoras mias; y ya que son vmds. las soberanas de nuestros honrados españoles, que saben obedecerlas respetuosamente, plantifiquen vmds. en nuestro pátrio suelo esta medicina preservativa, que yo me propongo indicarles aquí, y cuya práctica toca á vmds. extender, y hacer adoptar. Esto las piden, anegadas en su llanto, las innumerables esposas que han sabido hacer el heroyco sacrificio de sus jóvenes maridos (único bien que poseian en este

mundo) por la defensa de nuestra patria, y por su propio honor, y lloran desconsoladas, qual amorosas tortolillas, su penosa soledad. Esto las ruegan las ancianas madres, que han perdido sus valerosos hijos en los campos de Baylen, Rioseco, Aragon, Valencia y Gerona, por sostener nuestra sagrada Religion, nuestro soberano cautivo, y por librar á nuestra amada patria de sus horrorosos males: males, que jamas se han conocido de tanta enormidad, ni pueden tener semejantes, en quantas relaciones de irrupciones bárbaras, injustas y sacrílegas nos ofrecen los fastos de la historia, porque

jamas se conoció una raza de hombres tan pérfida y cruel, ni con tanta sed de oro, como la que milita baxo las sangrientas banderas de ese monstruo, llamado Napoleon. Esto, en fin, suplican á vmds. (señoras mias) los escombros y ruinas de varias de nuestras ciudades, de nuestros pueblos, y de nuestros templos, desolados, incendiados y saqueados por los mismos que se esparcieron por nuestras capitales, publicando insidiosamente que venian para sostenerlos, y aumentar su esplendor. Juzgo el corazon de vmds. demasiadamente tierno para que puedan dexar de dar atentos oidos á tan

justos ruegos, por lo que no dudo nos pongamos ya de acuerdo, y que han de hacer por su parte quanto puedan; así, voy á hacer por la mia lo que he prometido, demostrando los medios con que podrémos vernos libres en lo sucesivo de los terribles golpes, que por el excesivo carácter de bondad de nuestra nacion, ha sacudido la francesa á la sencillez de nuestras antiguas costumbres, á nuestros haberes, al comercio, fábricas, artes, y en una palabra, á nuestro cuerpo político. Para mayor claridad, reduciré á este solo aforismo de prudencia toda nuestra *Higiene moral.* El buen español,

de qualquiera clase, condicion ó sexô, debe evitar, á exemplo de nuestros antepasados, toda correspondencia, imitacion, ó apariencia de ventaja que provenga de los franceses. Ni doy, ni debe admitirse en este axîoma medico-moral-político, otra excepcion que la que la sábia prudencia de nuestro gobierno quiera darle, segun las circunstancias lo exîjan por ahora, ó en lo venidero. Pasemos á las pruebas, discurriendo por los principales capítulos que han causado nuestra funesta ilusion, de donde ha provenido nuestra confianza en su traidora amistad, orígen de nuestros males.

CAPITULO I.

Ayos franceses en España.

A pesar de que se ha trabajado continuamente para apagar la antigua y arraigada oposicion, llamada por otros *antipatía*, entre franceses y españoles, jamas ha llegado á extinguirse totalmente; y si recorriésemos las historias, nos dirian que no ha habido época en que debilitada algun tanto, haya dexado el frances de procurar nuestra ruina, aprovechándose de nuestra buena fé, y abusando de nuestra amistad. Quando dispuso el cielo que la augusta familia

de los Borbones de Francia diese Rey á la España, pronosticáron algunos de los nuestros, que jamas nos avendriamos bien; y de hecho aun despues, por algunos años experimentamos los funestos efectos de esta antiquísima aversion. Ciertos políticos nuestros, de los de primer órden, llegáron á conocer, en quanto cesó el motivo de union entre las dos naciones, por la sacrílega expulsion de los Borbones de aquel reyno, que deberiamos haber cortado enteramente nuestra comunicacion con aquella region bárbara; mas por desgracia nuestra, sus predicciones fuéron tratadas de chocheces,

y castigadas como delitos, por las tres supremas cabezas que regian á ciegas la monarquía. Dos fueron los grandes políticos que llevo insinuados, los quales preveian ya llegada la desgraciada época, en que olvidandola la España los sagrados motivos de resentimiento que debia tener contra la Francia, habia de seguirse, que la astuta política de esta tiraria á deslumbrarnos, hasta procurarse nuestra alianza para conducirnos á sus fines. Así se verificó en efecto: no tuvimos mas tiempo de guerra abierta con aquella anarquía que el preciso para comprar con nuestra propia sangre unos títulos

pomposos, y unas riquezas que sirviesen de premio á la ignorancia, á la presuncion brutal, y á la iniquidad infame de un hombre indigno de ser español. La paz hecha con Francia y celebrada en las fronteras por nuestros exércitos el 5 de agosto del año de 1795, colmó los deseos de aquella nacion, que no pensó ya mas que en engañarnos y seducirnos para atraernos insensible y paulatinamente á una vergonzosa esclavitud, que aumentase los engrandecimientos de la nueva dinastía, que se preparaba para el trono francés, sometido ya á un triste aventurero Corzo. La situacion

política de la desgraciada España era la mas propia para abrazar tan malévolas intenciones. Desde el año de 91 hasta el de 93, se habia estado poblando de emigrados franceses, quienes no se despojaron para entrar en ella de su carácter natural, del amor á su patria (abandonada al tiempo en que mas necesitaba de su valor y auxîlios) ni de las ideas de venir á enriquecerse en esta nacion, tenida por ellos por tan rica como ignorante. Su entrada en ella dió motivo para que la nobleza española desplegase á favor de ellos la ternura de su generoso corazon, sin el menor exámen

sobre la probidad, conducta, ni demas circunstancias de los nuevos emigrados. Entre ellos se nos introduxeron los agentes inicuos de aquel monstruoso gobierno, verdadero *Prothéo* político, que en pocos años fué Asamblea, Directorio, Consulado, República, Imperio, y hoy es un mixto muy semejante al del averno. Tal fué la época porque suspiraba el aspirante al cetro frances, para hacer pasar tambien á sus manos el de los reynos de las españas. Habiendo en fin empuñado aquel el mas astuto é irreligioso de todos los mortales, el cómico Emperador no perdió de vista esta otra

empresa, que su insidiosa ambicion le hizo creer facilísima. Debemos pensarnos que no omitió para esto ninguno de los medios á que habian apelado, y de que se valian sus íntimos consejeros. Se hospedaron entre nosotros sus panegiristas. Desempeñaron su encargo completamente, y tanto que el nombre frances debia ser respetado y aplaudido, no solo en sus personas sino en todas las cosas. Así caimos en el lazo: nuestras ideas se reformaron, y solo se hallaba mérito en lo que venia del otro lado de los Pirineos, avergonzándonos de semejarnos á nuestros honrados padres.

La ilusion se acabó de completar quando nuestras casas particulares, nuestros palacios, seminarios y colegios franquearon sus puertas á los citados emigrados. En cada uno de estos se creyó encontrar un Mentor, que baxo el trage fastidioso y estrafalario de *Mr. L'Abbe*, contenia la sabiduría de Minerva. No faltaron talentos españoles que derramasen secretamente sus lágrimas de dolor por unas esperanzas tan mal fundadas; pero la sola insinuacion se hubiera castigado como un exêcrable crímen, y esto los reduxo á su silencio lastimoso. Púsose en manos de estos aparentes sábios la pri-

mera educacion de la noble infancia española; y por este medio, el mas eficaz que pudiera escogerse, se logró rápidamente el trastorno de nuestra moral y de nuestros entendimientos, como diximos arriba. La voz de las madres, ó por mejor decir su vanidad decidia sobre este punto el mas interesante de toda la vida. Ultimamente, á cada señorito de Madrid y de las capitales se dió por ayo un frances, circunstancia única y exclusiva de todas las demas.

Segun un autor célebre no basta la ciencia por sí misma para el dificilísimo empeño de una buena educacion. El fin de esta no es

otro que el de acostumbrar sus discípulos á un trabajo sério, y disponerles por este medio para los diferentes empleos en que la providencia los coloque; debe procurar el ayo formar el corazon de su discípulo, resguardar su inocencia, inspirarle principios de honor y probidad, hacerle tomar buenas costumbres, corregir en él las malas inclinaciones, y darle amor á las ciencias, hasta infundirle tal deseo de aprenderlas que las busque por sí mismo, concluido el tiempo de su educacion, habiéndole demostrado durante esta sus primeras sendas.

Por este corto diseño

que presenta á nuestra vista la obligacion del ayo, puede inferirse, si los que de veinte años á esta parte se han ido admitiendo generalmente, y sin el menor exámen, para nuestros españolitos, serian suficientes para el desempeño de este importantísimo encargo: parémonos á reflexîonar sòbre esto un corto instante.

Por locomun todos nuestros abates ayos eran naturales de la *Gascuña* y del *Bearne*, paises fronterizos nuestros, donde ni siquiera se habla con perfeccion el frances, á cuya enseñanza únicamente querian los crédulos padres que se reduxese toda la educacion de sus

hijos. No podian por lo mismo aprender bien estos el nuevo idioma; y no sabiendo tampoco el maestro mas que estropear el del discípulo, habia este (que por su corta edad no estaba bien fixo en él) de viciarle en su elocucion española, oida con continuacion á su amado pedagogo: ¡Qué debia resultar de esta Ginebra!

Todo frances de los referidos paises que quiere desechar su patoa ó lengua limusina y aprender la francesa, tiene que internarse á una de sus principales capitales, donde se dedica á un estudio sério y constante. Estemos seguros de que los tales emigrados, á excep-

cion de alguno de ellos, no tuvieron proporcion para hacerlo así, segun lo hemos visto prácticamente por su conversacion; pues ignorantes del idioma culto y general de su nacion ¡qué progresos tendrian hechos en las ciencias y bellas artes que deberian enseñar! Ni aun los testimonios que las suponen nos pudieron hacer ver. La respuesta era general en todos ellos; "la precipitada fuga (decian) que habian tenido que hacer de su patria por los escabrosos montes para huir de la muerte, no les habia permitido tomar sus papeles." Esta explicacion acompañada de la relacion de los

peligros y trabajos padecidos en aquella nacion: relacion estudiada de antemano con el fin de mover para asegurarse el sustento, consiguió su efecto deseado. La sensibilidad de nuestras almas españolas, y particularmente de nuestras damas acabó la obra. Determináronse á tener en casa un nuevo criado de distincion que contribuyese á darlas visos de primera clase. Desde entónces estos nuevos *Platones* pudieron sembrar á su arbitrio y libremente en los corazones de nuestra cándida juventud, nó los principios religiosos del *Astete* ó *Ripalda*, cuyos nombres les eran desconocidos,

y que solo por no acabar en *eau* ó en *aire* debian abolirse y despreciarse, sino los de otros modernos, de los que la nacion francesa abunda tanto, y con los que ha obtenido llegar al alto punto de prosperidad y gloria en que la miramos para desgracia suya y oprobio de la especie humana. Desde entónces vimos usurpárseles á los respetables profesores de nuestras universidades, muchas de las colocaciones ventajosas en que pudieran acabar sus dias con el decoro y descanso correspondientes á las penosas fatigas de su carrera literaria. Desde entónces se vieron despreciados y desti-

nados á perpetuo olvido nuestros autores clásicos, como *Nebrija*, *Nuñez*, el *Brocense*, *la Cerda*, *Chacon*, *Vives*, y otros infinitos. Desde entónces... pero para qué hemos de proseguir con la triste enumeracion de las muchas cosas que desde entónces hemos visto y no podrian referirse, sin que se renovára nuestro dolor. Digamos lo preciso únicamente para probar la inutilidad de los tales *Messieures* en el destino que se les daba.

La nobleza del ayo es como un presagio seguro de la buena educacion que él mismo recibió, y puede dar á otros. ¿Se tomaron acaso mejores informes sobre este

particular, de nuestros aldeanos *Gascones*? ¿Qué urbanidad, qué modales, qué política civil, y qué trato de gentes eran los suyos? Por ventura nuestra, aun exîsten algunos rancios españoles que no pudieron acostumbrarse jamas á sus contorsiones teatrales, ni á sus zalamerías fastidiosas; y para nuestro completo desengaño tambien hemos visto en esta época de nuestro mayor riesgo, que estos han sido los ciegos defensores de nuestra libertad, por la que han sabido sacrificarse, despues de haber ofrecido á la patria todos sus haberes.

Pero tal vez será por atender á la conservacion

de los suyos, el que haya alguuos padres que procedan con tan poca precaucion, para dar á corta costa el ayo á sus hijos, olvidados de lo que les dice *Plutarco*, que solamente la ciencia y la virtud producidas por una buena educacion son los únicos bienes, y el inmortal patrimonio que se les puede dexar. Si en efecto hubiese entrado en su eleccion esta economía, mal entendida, pudiera aplicárseles la respuesta de *Aristipo* á otro muy semejante á ellos. Queria un avaro que hiciese este sábio la educacion de su hijo; pero admirado de la suma que le pidió el filósofo, exclamó

diciendo que con aquel caudal podria muy bien comprar un esclavo: "á la verdad que sí, (le replicó *Aristipo*) compradle, y con eso prontamente tendreis dos."

Podemos tambien creernos que ni aun por este lado lo acertaron nuestros españoles. Los franceses poseen con perfeccion una simulada aritmética para el ajuste de sus cuentas, y saben muy bien que las repetidas expresiones y regalitos, despues de la manutencion y mesadita corta, forman una suma suficiente para enriquecer á un particular en poco tiempo. El interes sordido que se notó

á estos Messieures, llegó á hacerles abandonar algunas casas crédulas, prometiéndose de otras, mayores ventajas; prueba del amor que tendrian á sus educandos, y condicion sin la qual, segun *Séneca*, no puede ser buena la educacion.

Si hubiésemos de alargarnos mas en el cotejo de las circunstancias que exîgen los autores, con las que han podido tener nuestros *Bearneses*, nos expondriamos á formar un quadro harto feo para la vista del lector despreocupado. Pasemos pues en silencio lo que dice *Quintiliano* de todo ayo: *ipse nec habeat vitia, nec ferat. Non autoritas*

ejus tristis; non dissoluta sit comitas, &c. y concluyamos asegurando de los franceses, que siéndoles forzosamente desconocidos nuestros autores doctrinales de religion, y los clásicos de nuestras humanidades; ignorantes de nuestra bella lengua; sin noticia de nuestros grandes hombres en letras y armas para poder ofrecer exemplos de heröicidad y de virtud; careciendo del conocimiento de nuestra geografia topográfica, política y comercial; sin saber palotada de nuestra legislacion, de nuestros usos y costumbres; pero queriendo suplir á todo esto con la idea injusta que

se habian formado allá de todas nuestras cosas por la lectura de quatro librillos satíricos donde se nos compára con los *Cafres* y *Hotentotes*, ¿podian ser proporcionados tales doctrineros para la primera enseñanza de nuestra noble juventud? ¿Fueron jamas discípulos suyos nuestros héroes del dia, vencedores de los *Dupont*, *Moncey*, *Junot*, *Lefevre*, *Vedel*, *Sabran*, *Gover*, *Marescau*, *&c. &c.*? yo no lo creo, sin que quiera tampoco decir por esto, que no haya podido haber en la presente época varios jóvenes educados por los tales ayos, que se hayan portado valerosa-

mente en la presente guerra; pero siempre será esto debido al heróico exemplo de sus contemporáneos, á la justicia de nuestra causa, á los consejos paternales y á las dichosas disposiciones de la noble inclinacion que heredaron de su patria, con lo que se han hecho mas dignos de ella.

Quedemos pues por conclusion en que en lo sucesivo y para siempre, deberán sacarse nuestros ayos de nuestras escuelas, universidades é iglesias, donde pondrán escogerse sugetos beneméritos por su virtud y ciencia. Y porque no se crea que la preocupacion nacional me hace pensar

así, de quantos exemplos pudiera yo citar de varios personages nuestros, que conociendo los riesgos de los ayos franceses, no quisieron someterse al imperio de esta peligrosa costumbre, y han hecho honrosa vanagloria del dignísimo español, á quien habian confiado la educacion de sus hijos, en medio de la capital de la Francia, pondré uno tan solo, sin nombrar al ilustre educando, que por fortuna nuestra está hoy en esta Corte, siendo el objeto de nuestras esperanzas en este tiempo de nuestra redencion política. Fué pues su maestro el *Dr. Cavanilles,* á quien tanto y tantas ve-

ces elogiaron en públicos impresos los sábios de Francia.

Despues de lo dicho no creamos absolutamente indispensable al bien de nuestra nacion la educacion francesa; debemos sí mirarla como precursora de los males en que nos vemos sumergidos, y ¡plegue al cielo que consiga esta funesta memoria prevenir á las generaciones presentes y futuras, á fin de que evitando escrupulosamente este principio de nuestras enfermedades político-morales, no vuelvan á caer en ellas!

¿Y qué haremos, se me dirá, de nuestros amados pedagogos, que (por mas

que se acuse su cándida inocencia) son muy acreedores á nuestra gratitud, y estan abochornados del baxo y monstruoso proceder de sus paisanos? Oigamos esta historia.

En el reynado del célebre *Kang-hi*, Emperador de la China, un poderoso señor, Inspector general de las fábricas de aquel vasto imperio, estando para salir á la visita que debia durar algunos años, puso un ayo á sus dos hijos; apenas habia empezado su viage este buen padre, quando abusando el preceptor de la autoridad que se le habia conferido, se hizo ya el tirano de la casa. Apartó de

ella las personas honradas que pudieran conocer sus operaciones, y despidió á los criados mas antiguos que pudieran interesarse en los asuntos de su amo ausente. Por mas que se le notició á este todo aquel desórden, no quiso creerlo, porque su buena índole juzgaba imposible tal proceder. Tampoco el mal hubiera carecido de remedio si el indolente pedagogo hubiese podido dar á sus educandos algunas virtudes, y tal qual instruccion; pero como él mismo no las tenia, solo hizo de ellos unos jóvenes falsos, groseros, viciosos é ignorantes. Al cabo de unos cinco años de viage

vió el Inspector á su vuelta la triste verdad de quanto se le habia noticiado; pero ya era tarde, y no quiso dar mas castigo al que tan vilmente habia abusado de su confianza que echarle de su casa. Muy picado de esto el mal ayo tuvo la imprudencia de citar al Inspector ante el tribunal de uno de los Mandarines principales para que se le hiciese pagar la pension ó renta que se le habia prometido. *Muy gustoso la pagaria yo, y aun doblada*, (respondió el padre en presencia del severo Juez) *si este infeliz me hubiera devuelto mis hijos, como pudiera yo esperarme; pero aqui estan*, (continuó

diciendo al Magistrado) *exâminadlos vos mismo, y dad la sentencia.* En efecto, despues de haberles hecho algunas preguntas y de haberles oido otras tantas necedades, escribió el Mandarin esta sentencia: *Condeno á muerte á este mal ayo como á homicida de sus discipulos ; y á su padre á la multa de tres libras de polvos de oro, nó porque le escogió malo, pues qualquiera puede engañarse, sino porque ha tenido la imperdonable debilidad de conservarle en su casa tanto tiempo. Es preciso*, añadió, *que todo hombre tenga suficiente valor para perder á otro, quando*

este se lo merece, y mucho mas si lo exîge así el bien de muchos.

CAPITULO II.

Maestros y libros franceses.

En quanto nuestra nacion fuerte y gloriosa fué declinando, á mediados del siglo XVII. de aquel alto punto de grandeza á que la habia elevado la prudencia de sus Reyes, se vió tambien ir eclipsando el brillo de su instruccion y literatura, de modo que (segun un sábio y sencillo escritor nuestro) á principios del siglo pasado, apenas le que-

daba mas que una confusa memoria de lo que habia sido. La nacion francesa, como que se supo aprovechar de nuestra misma decadencia para ocupar en el orbe literario el glorioso puesto que habiamos nosotros obtenido ántes. Luis XIV., llamado justamente el Grande, llegó á adquirirse este renombre, no tanto por sus victorias como por la proteccion que supo dispensar á las ciencias y bellas artes. Por este medio llegaron á verse en su reynado los principales modelos que ha tenido la Europa, despues de los latinos, en historia, eloqüencia y poesía. Los nombres de *Cor-*

neille, Racine, Despreaux, Molier, La-Fontaine, Fenelon, Bossuet, &c. debieron resonar por sus escritos en todo el mundo culto; y en una nacion grande, como ha sido siempre la nuestra, á pesar de sus letargos, tampoco podian faltar algunos ingenios de los de primer órden, que noticiosos de aquellas obras, las exâminasen prolixamente, hiciesen conocer su mérito, y las procurasen imitar. Estos fueron, á mediados del siglo pasado, *Ferreras, Nasarre, Tosca, Ayala, Montiano, Feyjoo, Luzan, Iriarte, Mayans, &c.*

Deseosos estos grandes hombres de los progresos

de su patria, y con un carácter franco y propio de la candidez de nuestro suelo, no guardaron medida en preconizar las glorias de la Francia en la perfeccion de la literatura hasta pasar uno de ellos á publicar como preferible al estudio de las lenguas orientales el de la francesa, por medio el mas seguro y pronto para adquirirse la erudicion universal. Así se fueron franqueando nuestras puertas á los franceses por los literatos españoles. Tócanos ahora exâminar si han abusado aquellos de la libertad que les concedimos para su entrada en nuestra península; inconveniente que no po-

dian preveer nuestros autores citados, y la que sus sucesores hubiéramos debido remediar.

A los principios de la desgraciada revolucion francesa estaba nuestra nacion entusiasmada por aprender aquel idioma. No podian los Emigrados franceses ignorarlo: lo que es lo mismo que decir que no podian dudar del acogimiento favorable que deberia hacerles la España Destinados los mas (sin atencion á su aptitud) á maestros de lenguas, tenian asegurada su subsistencia. Españoles y franceses se dedicaron á porfia y mútuamente al cultivo y extension del idioma de

moda. La Corte, modelo seguro de las demas capitales de provincia, no dexó colegio, seminario, casa particular, ni lonja alguna donde no señalase su plaza para los nuevos maestros. ¿Se contentarán con enseñarnos su idioma únicamente? ¿Serán todos suficientes gramáticos para ello? ¿Podrán instruirnos de los libros con que nos podamos desquitar del coste y trabajo de este penoso estudio? Respondiendo con la brevedad posible á estas qüestiones, tal vez de las mismas respuestas, nacerá el desengaño para lo sucesivo, á fin de que viviendo nuestros hijos con mas precaucion, eviten un

abismo de desgracias, semejante á este en que nos han precipitado nuestros pérfidos aliados.

Omitamos hablar de la clase de sugetos que se fixaron en España despues de la emigracion de su patria á tiempo en que esta necesitaba mas de partidarios que sostuviesen con firmeza su buena causa. Lo cierto es que casi todas las personas de algun mérito, que llegaron entónces á emigrarse, se restituyeron á sus hogares en quanto vieron la menor proporcion de parte de aquel reyno. Los mas de los que se quedaron ocupados en otros exercicios, (como el de maestro de bai-

le ó maitres-hoteles) al cabo de algunos meses se transformaron en maestros de su lengua. Como el deseo ó furor por aprenderla era comun en nuestros incautos jóvenes de uno y otro sexô, se sacudió poco á poco la antigua delicadeza de las madres, y se dexaban al maestro con las señoritas para el cumplimiento de sus respectivas obligaciones horas olvidadas. Si por sí mismo es tan hárido y penoso el estudio de qualquiera gramática, pensémonos piadosamente quanto harian los sensibilísimos *Messieures* para dulcificarle, á lo ménos por la agradable lectura de las obras, que para

la traduccion pondrian en sus delicadas manos. Su mira principal para hacerse ellos mas útiles, y aun necesarios, debia ser la de dar á leer libros azucarados, que careciesen de equivalentes en nuestra fanática nacion, y que lisonjeasen á los discípulos, por la mayor parte, incapaces de discernir, si contenia algun veneno el gustoso manjar que saboreaban con harta ansia. En la explicacion de esta lectura tampoco podia faltar el elogio de los divinos autores que sabian escribir con tanto gusto, de un modo y en un estilo nunca conocido de los nuestros.

Ya estamos en el caso

que mas podia apetecer la Francia, para subyugarse la inclinacion de toda la juventud española, que segun ellos, empezaba á sacudir sus rancias preocupaciones y á ilustrarse; y ya logró el medio mas seguro de formarse un partido de la mayor consideracion entre nosotros. Continúan infatigables en la empresa de hacer creer á sus tiernos discípulos, que nuestra lengua, encerrada en un corto rincon del mundo, sin haberse distinguido en la república de las letras mas que por algunos libros de devocion, no merece aprenderse. Como no se les contradice su opinion, ántes bien son oidos con la admi-

racion debida á todo señor maestro, de aquí se origina que nuestros mismos nacionales quedan ignorantes del estado verdadero en que se halla la region que habitan, y solo la ven en el falso retrato que les han formado de ella los temerarios envidiosos que tampoco la conocen mejor que ellos. No es nuevo este sistema en los franceses; incapaces de formarnos el quadro moderno de la España literaria, nos la pintan siempre como envuelta entre tinieblas. Algunas noticias, relaciones de viages atrasados, sátiras envidiosas, los plagios de geografias inconexâs, y otros impresos de esta especie les

bastan para formar de toda nuestra nacion un juicio tan mal fundado como sus principios. Y alguna otra causa de mayor entidad hace sin duda ignorar á los franceses, ó aparentar que ignoran, que desde la gloriosa restauracion de ciencias y artes en España, debida al reinado de Cárlos III., pasó ya la obscuridad en que estuvimos por todo el siglo XVII. y parte del XVIII. Cansados de oirles delirar sobre nuestros atrasos en la literatura algunos de nuestros autores modernos, con un zelo puramente patriótico, les han dirigido sus *Observaciones*, *Apologías*, *Bibliotecas*, *Periódicos*, y otros impresos

de esta especie; pero no hay peor sordo que el que no quiere oir.

Mas vosotros, á lo ménos, maestros mercenarios de ese idioma universalmente sabio y erudito, si no ignorabais que se debe hacer conocer ántes al discipulo el estado de su patria que el de las estrañas, ¿por qué os separasteis de este principio con tanto cuidado? Porque entrasteis en España con la preocupacion, heredada de vuestros mayores, de que el orizonte de nuestros entendimientos estaba obscurecido por la ignorancia mas absoluta, de donde ni siquiera intentábamos salir. El tiempo de vuestra re-

sidencia, en Madrid y sus capitales, os hizo ver lo contrario, pero os era forzoso seguir sin retractaros ya de lo que á los principios habiais enseñado, pues siempre ha sacrificado la osadia del orgulloso frances la santa verdad á sus intereses y sus caprichos. Entrasteis en España resueltos firmemente á extender la falsa reputacion de vuestras glorias, para que ella os conduxese al punto de ser admirados, y recibidos como otros nuevos Sénecas, á cuyo fin os hicisteis los panegiristas de vuestros autores modernos, olvidando el mérito de los antiguos, mérito verdadero que no podiais demostrar-

nos, porque os los enseñamos traducidos á nuestro propio idioma, y tal vez ilustrados y corregidos.

En efecto, desde que floreció en la Francia, como insinuamos arriba, el catálogo de escritores célebres en tiempo de Luis XIV., ó bien porque las cosas humanas no pueden subsistir sin alteracion, ó por otras causas que no es de nuestro intento exâminar aquí, es evidente que ya decayó su literatura, y no ha publicado ninguna de las obras que llamamos magistrales, ni ha habido en ella ingenios capaces de entrar en paralelo con los que ha producido España, desde me-

diados del siglo pasado, á pesar del infinito número de libros que se ha impreso en aquella nacion, con que ha inundado, y hecho un comercio el mas lucroso y activo en el mundo entero. Desde aquel tiempo pueden reducirse á dos clases todos los modernos escritores franceses. En la primera incluyo los inumerables que pusieron por pasiva lo que estaba escrito en activa; y en la segunda, los que por decir algo de nuevo, nada dixeron de bueno, y solo sí mucho de perverso, pésimo y abominable. Unos y otros han trabajado tanto, que lo restante de la Europa entera no ha pro-

ducido la milésima parte de libros y *brochures* que la Francia sola. No podemos, pues, dudar de que no podian faltar á nuestros maestros obras de muchísimo agrado, y muy recientes, con que instruir á sus discípulos, á pesar de las providencias de nuestro Gobierno y del Santo Tribunal, que á cada paso han renovado su paternal vigilancia en un punto de tanta conseqüencia; mas no importa, tampoco han faltado arbitrios para su introduccion clandestina al fervoroso zelo de semejantes catedráticos; mucho mas quando el mismo riesgo aumentaba la utilidad del contrabando.

No hay que creerse que el corto diseño que acabamos de formar sobre el género de obras que hormiguean en Francia, y han procurado hacernos conocer á todo trance los agentes de aquella nacion, está en nada exâgerado. En cuya prueba, y de la clase de libros que de treinta años á esta parte se publican allí, voy á citar á un prudente Crítico suyo, que se explica sobre esto en los términos siguientes: "De algun tiem»po á esta parte los males »que desolan la república »de las letras son muy se»mejantes á los que en el »órden político presagiaron, »y fueron la causa de la

»ruina de los imperios mas »fuertes y mas bien funda- »dos. A un siglo de razon »y de gloria se han sucedi- »do los tiempos de frivoli- »dad, de mezquineria, de »delirio y de monstruosidad. »El teatro de nuestra lite- »ratura se ve acometido por »tres fuertes enemigos que »le degradan; una tiránica »filosofia sofoca en él las se- »millas del talento; el falso »gusto destruye sus verdade- »ros principios, y una cie- »ga facilidad en admirar y »alabarlo todo, acaba de »desterrar la emulacion, y de »desalentar al mérito... En »medio de este desórden es »imposible que el buen ze- »lo dexe de alzar la voz,

»particularmente contra los »pretendidos *Filósofos* de »nuestro siglo. Los que no »juzgan por sí, sino que se »dexan arrastrar de la multi»tud, les han mirado hasta »ahora como unas antor»chas resplandecientes, co»mo unos genios particula»lares, y como unos séres »los mas benéficos; pero »yo que los he leido y »profundizado, penetrando »sus talentos y sus princi»pios, conozco la falsedad »peligrosa de estos, igual»mente que la pequeñez de »aquellos. No hay una cosa »mas extraña en la historia »del entendimiento huma»no, que el loco entusias»mo, excitado por la filoso-

»fia de hoy. Los talentos »sencillos y ligeros de la ca»pital le comunicaron á las »provincias, y el imperio de »la moda hizo esta enfer»medad epidémica. ¡Qué me»dio nos queda ya para re»sistirse á la seduccion! El »siglo de oro debia renacer »baxo de esta nueva *Astrea;* »los nuevos *Prometheos*, co»mo que habian cogido del »mismo cielo las luces mas »puras para reanimar y bea»tificar al género humano: »*beneficencia*, *tolerancia*, »*instruccion*, *virtud*, *feli»cidad*, estas eran las pro»mesas que nos preconiza»ban; pero este claro hori»zonte no ha tardado en lle»narse de nubes: esta filo-

»sofiá tan filantrópica y be-
»nigna se ha corrompido
»prontamente, semejante á
»aquellos licores contrahe-
»chos que no pueden con-
»servar por mucho tiempo
»su sabor facticio y simula-
»lado. Sus luces se han vuel-
»to hachas encendidas, con
»que ponen fuego á todo;
»su pretendida tolerancia se
»ha mudado en una furia
»inexôrable que destruye
»quanto se habia respetado
»religiosamente hasta este
»tiempo: las verdades mas
»santas, los principios mas
»sagrados, los deberes mas
»indispensables, el cielo, la
»tierra, el altar, el trono,
»todo hubiera ya experimen-
»tado su total ruina, si los

»hombres hubiesen sido tan »prontos para poner en prác»tica sus máxîmas, como ella »ha sido diestra en publi»carlas.

»Los intereses de la so»ciedad (continúa el mis»mo autor) nos han condu»cido á hacer otras nue»vas reflexîones. Negar la »inmortalidad del alma; qui»tar el freno á las pasio»nes; confundir las nociones »del bien y del mal; reducir»lo todo al egoismo y amor »propio; exterminar todas »las virtudes; cortar los nu»dos de la amistad y de la »sangre; atacar las leyes; »destruir los principios; en »una palabra, no hacer de la »vida humana mas que un

»texido de motivos arbitra-
»rios, de intereses persona-
»les, de apetitos sensuales
»y desordenados, de accio-
»nes puramente animales; fi-
»nalizarla por un absoluto
»aniquilamiento, ó preco-
»nizar un suicidio ciego
»que por flaqueza ó deses-
»peracion abrevie sus dias,
»¿no es esto insultar á los
»hombres, y sacudirles los
»golpes mas funestos? ¿No
»es pervertir todos los ca-
»racteres; quitar á las al-
»mas su vigor y su energía,
»á los ingenios sus princi-
»pios y sus luces, á la sen-
»sibilidad su uso, y á la
»razon su imperio y sus uti-
»lidades? ¿Qué podrá espe-
»rarse de todo filósofo edu-

»cado en esta escuela?" Qué! (podrémos responder, los que por desgracia hemos visto esta *filosofia* puesta en práctica por las numerosas vandadas de furibundos gaulos que desolan la Europa) que toca únicamente á la suprema providencia el acabar de libertarnos del furor de sus desenfrenadas pasiones, alimentadas desde su mas tierna infancia por la lectura venenosa de sus libros, corruptores lisongeros de la sana moral, ó por las insinuaciones insidiosas de sus mismos maestros: dos escollos que nuestra nacion deberá procura evitar perpetuamente, y á costa de su sangre, si piensa conservar

su religion, su libertad y trono, á cuyas pérdidas nos hemos visto expuestos en la era presente por la falta de precaucion con que hemos procedido en nuestra sencilla amistad con los franceses. ¡Oxalá que este funesto exemplo trasmitido á nuestros hijos dure tanto en su memoria como el nombre español! ¡Dichoso yo mil veces, si la lectura de este escrito, dictado por la verdad, y por el deseo de serles úuil, puede recordarles, para su escarmiento, las trágicas escenas, y los dolorosos conflictos en que se vé sumergida nuestra comun madre la patria!

CAPITULO III.

Modistas francesas.

En la descripcion hecha por el célebre P. Juan Zahn, de la diversidad de génios y caractéres de las cinco naciones principales de la Europa, dice que en el vestido es el español *modesto*, y *protéo* el frances; aquel (añade) es *grave* en todas sus costumbres; pero muy *ostentador* este. Si el citado autor escribiese en el dia, y conociese el trastorno moral ocurrido en nuestra nacion, se veria precisado á reformar su dictámen

sobre lo que sentia de nosotros. ¿Y á quién debemos este cambio tan notable en nuestros trages y vestidos? Esta qüestion tan obia, y conocida de todos, nos conduce aun á esta otra, cuya respuesta, aunque tampoco es muy dificil, no dexa de ser de la mayor consideracion: El trastorno referido, ¿nos es inútil ó dañoso? satisfaremos á una y otra.

Un escritor inglés, que conocia perfectamente el carácter de la Francia, temeroso, con anticipacion, de los males que iban á inundar su nacion, separada del trato y comunicacion de aquella, por una larga guerra que habia entre ámbas, á

mediados del siglo pasado, publicó en uno de sus periódicos el justo motivo de sus temores, diciendo de esta suerte: "Ninguna cosa deseo tanto como una paz honrosa con nuestros vecinos; pero tampoco hay cosa que mas tema que las funestas conseqüencias que se la han de seguir forzosamente; no por lo tocante á nuestros asuntos políticos, sino á nuestras costumbres. ¡Qué inundacion de cintas, gasas, bonetillos y telillas va á caer sobre nosotros! me alegrára ciertamente que para precaver todos estos males se publicase un acto del parlamento que prohibiese la entrada de estas chucherias

francesas en nuestra isla."

El carácter español, naturalmente afable y propenso á favorecer á los extrangeros, despues de la paz del año de 95 con Francia, léjos de haber tomado algunas medidas que nos asegurasen contra las asechanzas de aquellos vecinos nuestros, les ha estado estableciendo generosamente en nuestra Corte y principales ciudades, con la única mira de que se sirviesen aceptar nuestros caudales en cambio de algunas agradables frioleras, que sin ser de ningun mérito han causado la ruina de nuestras fábricas, el atraso de nuestro comercio, la sofocacion de nuestra industria, la

desaparicion de nuestro dinero, y la pérdida de nuestras sencillas costumbres. ¡Qué se han hecho aquellos tiempos venturosos, en que teniendo un general español necesidad de que le prestasen alguna suma grande, se cortaba un vigote, y le dexaba en prendas al acreedor que dormia muy descuidado, cierto de que no habia hipoteca mas segura! Desde que empezamos á imitar á los franceses en el trage, muy semejantes á ellos en el exterior, ha perdido tambien nuestro espíritu sus mas bellas qualidades. "Lo que es sumamente reprehensible (dice en uno de sus discursos el P. Feijoo) es que

se haya introducido entre los hombres el cuidado del afeyte, propio hasta ahora, privativamente de las damas. Oigo decir que ya los cortesanos tienen tocador, y pierden tanto tiempo en él como las señoras. ¡Qué escandalo! ¡Qué abominacion, y que baxeza! ¡Fatales son los españoles! (continúa diciendo el mismo). De todos modos perdemos en el comercio con los franceses; pero sobretodo en el tráfico de costumbres, tomamos de ellos las malas y dexamos las buenas. Todas sus enfermedades morales son contagiosas respecto de nosotros. ¡O si hubiese en la raya del reyno quien descaminase es-

tos géneros vedados!"

Si así hablaba ya, y si tales eran los sentimientos de este sábio político en sus dias, en que no se habia fixado aun entre nosotros el inmenso exército de modistas francesas con sus directores, que hemos tenido despues establecido en esta Corte y demas capitales del reyno: ¡qué quadro tan bien delineado nos hubiera formado su elegante pluma de los perjuicios que habia de costar á la España (y la ha costado en efecto) la ciega adesion con que se ha dexado conducir por estas madamiselas artificiosas, sacrificando su tranquilidad, su reputacion, sus caudales, y

acaso los de su familia, y lo que es mas, su propia salud, al insensato furor de adornarse con quatro vagatelas que se decian hechas en París, y debian su nacimiento á Barcelona, Toledo, Sevilla, ú otra qualquiera parte de España! Pero no està mal formado el que hizo un crítico frances (*Mr. de S. Evremont*) tratando de esto mismo. Voy á exponerle á la vista de mis compatriotas, y ¡oxalá que al verse retratados con tan feos colores, saquen de él para siempre los desengaños que deseo!

"No hay pais, dice el autor citado, de ménos juicio que la Francia; pero

tambien es verdad que en ninguna otra parte es tan fino como este poco que se halla entre nosotros. Por lo regular aquí todo es fantasía; pero una fantasía tan bella, y un capricho tan gracioso, en lo que mira á lo exterior, que avergonzados los extrangeros de su buen juicio, como de una circunstancia grosera procuran hacerse notables por la imitacion de nuestras modas, y renuncian á las qualidades esenciales por afectar un aire, y ciertos modos que es casi imposible que les caigan bien. Así esta eterna mutacion de muebles y trages, de que con razon se nos acusa, (pero que sin embargo se imita)

viene á ser para nosotros, sin pensar en ello, una gran providencia, pues ademas de las sumas inmensas de dinero que sacamos por este lado, es un interés mas grande de lo que se cree el tener esparcidos franceses por todas las cortes, los quales forman el exterior de todos los pueblos por el modelo del nuestro; dan principio á nuestra dominacion, poniendo sus ojos adonde el corazon se opone á nuestras leyes; y ganan los sentidos á favor de nuestro imperio, en donde los sentimientos estan aun de parte de la libertad."

Reflexîonemos un poco, españoles, sobre las sólidas

utilidades que sacan las modistas francesas de nosotros, segun lo publican ellos con jactancia. Nos quitan nuestras buenas qualidades con su poco juicio; nos llevan el oro con sus invenciones; se rien de nosotros como de unos monos ridículos, que queriendo imitarlos, no lo podemos lograr; y lo que peor es, se atraen nuestros sentidos, que procuran lisonjear, para sometemos á su yugo, á pesar del conocimiento que nos suponen de sus leyes: leyes, si merecen este nombre, mas abominables ahora que nunca, pues que todo el monstruoso *Código-Napoleon* está reducido á sostener la vergon-

zosa esclavitud de la Francia y sus demas paises, conquistados por la astucia y la falacia, no por el justo derecho, ni por el honroso militar valor; á dar vigor al bárbaro despotismo con que arranca los hijos de los brazos de sus padres, para que á costa de su vida fortifiquen su poder, y aumenten su engrandecimiento, á la loca vanidad de hacer dueña y señora del mundo una sola familia de baxa extraccion, elevada del polvo de la tierra, cubierta de sangre, y crímenes, oprobio vergonzoso de la humanidad; á la destruccion de la religion de nuestros padres, único consuelo de esta vida en las

desgracias y penalidades, y esperanza segura de una gloriosa felicidad en la otra; á la pérdida absoluta de la moralidad de los hombres, primer principio de la conservacion de toda sociedad; y en fin, á la extincion de las sagradas nociones del bien y del mal, grabadas en el corazon de los mortales, con caractéres indelebles por la mano poderosa de su Omnipotente Criador.

Siendo, pues, tales las miras que se proponen los franceses con la venta de sus modas, ¿te dexarás engañar aun (noble juventud española), y te conducirás tú misma, de nuevo, al horroroso caos de males, de

que solo el milagro patente de la providencia ha podido libertarte? ¿Abusarás todavía de un exemplar, tan digno de eterno llanto, como el que han presentado á tus ojos los monstruos sanguinarios que obsequiaste con un hospedage generoso, quando falsos y artificiosos se entraron en tu misma casa, llamando y aparentándose tus aliados, tus compañeros, tus amigos: títulos sagrados, con cuyo abuso pensaron conseguir las crueles intenciones de su perverso corazon, que ardia furioso por despojarte de todo quanto te tiene por el amor mas puro unido á la vida? ¡O, no lo permita el cielo! ¡Pudor San-

to! ¡Virtud que siempre fuiste el distintivo mas hermoso de nuestras honradas españolas, cúbrelas con tus alas, si el deseo de brillar tan propio de su sexô las hiciese descubrir algun dia, segun el indecoroso ritual de las modas francesas, la tez delicada que no puede mirarse por los hombres sin peligro!... pero no; no es posible en ellas un olvido tan criminal. El corazon que haya escuchado sin estremecerse esta suposicion, no puede ser hijo de nuestra patria, ó es indigno de habitar mas en ella. Abandonémosle á sí mismo por incapaz de prestar su atencion á nuestras persuasiones.

Quando el luxo (del que son las modas el vástago mas fuerte) ha llegado á echar sus hondas raices por un estado opulento, es muy dificil de contenerse. Las leyes sumptuarias solo le ponen un freno pasagero de que la vanidad y la cautela logran al fin evadirse. La brillantez del trage exerce un predominio secreto, aun sobre los genios mas prudentes, seducidos por el falso *qué dirán*, y arrastrados por el torrente de la multitud. ¿Cómo, pues, llegarémos á destruir esta epidemia política, que es casi general? No hay mas arbitrio que el de ahogar las modas en su mismo nacimiento, para lo qual nos

quedan dos remedios. El primero se debe á la filosófica erudicion, y zelo verdaderamente patriótico del Brigadier, Marqués de Moncada, que en su nuevo discurso, publicado con el título de: *la Voz de la Patria*, tratando de nuestros asuntos políticos y militares del dia, nos le propone así." .. Debemos esperar que no sosegarán nuestras tropas hasta lograr el total exterminio de esos vandoleros sanguinarios. Y en tal caso ¿qué nos quedará que hacer? . . . Si hemos sido la única nacion de la Europa, que no solamente no hemos recibido el yugo de Napoleon, sino que le hemos vencido, y

casi exterminado, seamos tambien únicos en recobrar nuestros usos y nuestras costumbres, que todas estan conexîonadas con nuestro trage nacional, el mas vistoso y varonil, como tambien muy propio y expedíto para la tropa. El Mariscal de Saxonia (continúa el citado autor) en su obra titulada: *Mis sueños*, queriendo encontrar un trage propio para el soldado, pinta el nacional español. Es muy cierto que desde que nosotros le abandonamos, y adoptamos el frances, las costumbres se han relaxado, nuestro espíritu nacional se ha entorpecido, y apenas somos reconocidos por espa-

ñoles. Esto es lo que nos falta que hacer, y lo mas importante, no solo para la presente generacion, sino para las venideras; por lo tanto, ¡ó tú, sexô hermoso, mitad la mas interesante del género humano! separa de tus armarios y tocadores todos esos trages tan ridículos como dispendiosos, y redime á la patria de un vasallage que impone la Francia á todas las naciones, y mas particularmente á la nuestra, sacándola sumas inmensas, y riéndose de nuestra necedad en adoptar trages que no son para nosotros; recobra el que te es mas propio, mas ayroso y modesto, que es el español de la úl-

tima edad. Consigamos que para el arribo de nuestro desgraciado, y por lo tanto tan amado Monarca *Fernando VII.* nos presentemos á recibirle con nuestro trage nacional, haciéndole ver que su nacion, que ha sabido distinguirse entre todas las mas cultas por el amor á su Soberano, por su valor y su constancia, quiere tambien ser distinguida de las demas por su propio trage, para que conste á la posteridad, que desde esta época feliz somos españoles, libres y verdaderos."

El segundo medio (de que me propuse ántes hablar aquí) nos parecerá sin duda mas violento; pero se-

ria por lo mismo otro tanto mas eficaz. Ya le manifesté en otro impreso mio, y solo le reproduciré ahora como de paso. Sometámonos voluntariamente á la policía suntuaria de los *Selenitas*, en cuyo pais filosófico-moral, en quanto una persona de qualquiera estado ú condicion que fuese, se presentaba al público con un vestido nuevo, diferente del nacional, se la representaba inmediatamente sobre el teatro, con una máscara muy semejante, acompañada de todo el peso de la ridiculez y de la ironía, capaces de hacerla el objeto de la irrision general; y al original se le trataba como extran-

gero en su misma patria, hasta tanto que abjurase su frívola vanidad.

CAPITULO IV.

Bijoutier.

Esta palabra no ha sido oida en España mas que de unos ocho años á esta parte. Segun el diccionario frances y español de *Cormona* significa *Joista de oro, plata, y piedras preciosas.* En las suntuosas lonjas de Madrid, sobre cuyas puertas se halla escrita con grandes letras de oro, no se puede entrar sino muy lentamente, porque el vivo resplandor de las joyas brilla tanto, que expone no

solo á una ceguedad moral, sino igualmente á la fisica. Allí están amontonados los diamantes y las perlas, hijas del sol. Los preciosos metales, arrancados de las entrañas de la tierra, á costa de la vida de millares de nuestros conciudadanos, forman altas pirámides en piezas de diferentes usos. ¿Son de algun modo necesarias para la vida? Tengamos cajas y estuches de oro; Dejuners, y tocadores de plata; anillos de diamantes; repeticiones guarnecidas, y pronto nos acometerá la pobreza, porque como dice *la Fontaine*, el oro y plata que no circulan, son como si estuviesen encerrados en las minas.

¿Por qué encanto saben estos joistas franceses excluirse de las leyes de nuestra sábia policía, tan atenta á proteger la sencillez contra los lazos cautelosos de la codicia de todo comerciante? Se compra qualquiera pieza á alguno de nuestros plateros, y lo primero que se mira es si tiene la marca del contraste. Los franceses despachan sin otro exâmen de parte de nuestros compradores, que el del precio pedido. Esto deben sin duda los *Bijoutiers* al astuto cuidado de exâltar ántes nuestra imaginacion hasta arrastrarla al deseo, ó mas bien diria al delirio de juzgar esenciales para nuestro

adorno sus agradables frioleras. Suele llegar sin tardanza el caso que obliga á deshacerse de sus diges, pagados mas que al precio del rico oro; aquí son los conflictos; por el peso de dos onzas no se encuentran dos duros en metálico. ¡Circunstancia terrible del precioso metal traido de la otra parte de los Pirineos, que solo conserva su valor miéntras está en poder de los franceses, y desaparece como el humo en quanto pasa al de los españoles!

Ya que aun nos regimos en parte por el código romano ¿por qué no mantenemos en su vigor la ley *opia*? Ella prohibia á las matronas

de aquella república emplear en alhajas para su uso mas de media onza de oro: así no llegarian nuestras españolas á destinar al adorno de su garganta y brazos el importe de una hacienda, suficiente á alimentar en uno de los pueblos de la Alcárria una familia entera.

¿Habrá quién oiga con indiferencia la respuesta de la muger de *Phocion*, á una de sus amigas que la enseñaba un rico collar de oro? "Pues yo, por mí (la dixo aquella) no quiero mas adornos que á mi amado *Phocion*, que hace veinte años que está General de los Atenienses." ¡Terrible leccion de una muger gentil para nues-

tras orgullosas españolas, que con el delirio de su loca vanidad arruinan sus hijos y su honor!

CAPITULO V.

Peluqueros.

Otra de las razas mas perjudiciales á nuestra nacion ha sido sin duda la de los peluqueros franceses: estos (casi todos gascones y probenzanos) sin mas equipage que su peinecillo largo y la nabaja de afeitar, han inundado la Europa ; hormiguean en Rusia ; pueblan la Alemania ; corren por Italia ; y no cogian ya en España, por lo que se pasaban

á Portugal. Preguntemos al filósofo *Mercier* lo que han sido para nosotros, pues que de ellos y de nuestra necedad en recibirlos, dice así: "Esta tropa de mano lista, gente embustera, descocada y viciosa ha llevado al extrangero una corrupcion moral que le ha hecho mas daño que el acero de nuestros soldados. Nuestros baylarines y cocineros han seguido sus huellas, y han sometido las naciones vecinas á nuestros usos y costumbres. Estos son los verdaderos conquistadores, que han hecho recibir el nombre frances en todas las regiones, y que nos han vengado de nuestros reveses políticos. Pu-

dieran muy bien nuestros vecinos, los españoles, escribir un libro de á folio sobre la perniciosa introduccion de nuestros peluqueros en sus provincias, y sobre la utilidad que les hubiera resultado de su pronto y prudente destierro."

Quando la deposicion de los mismos franceses á favor nuestro está tan clara, dexémonos de comentarios. Cerremos el capítulo confesando abiertamente que en cada advenedizo frances ha tenido la España un astuto *Sinón*, por quien podemos cantar con el gran poeta: *Accipe nunc Danaum insidias, et crimine ab uno, disce omnes.*

BAPITULO VI.

Economia.

El loco luxo introducido por los franceses en España hizo desaparecer de ella la virtuosa *Economia*: palabra cuya significacion se encuentra únicamente en el diccionario de nuestra Academia. Nuestros rancios españoles hacian volver sus vestidos, y remendar sus zapatos. Ni los mas hacendados se desdeñaban de este ahorro, cuyo recuerdo hace trastornar el juicio á las mugeres de nuestros jornaleros. Las telillas de seda de la fábrica de Leon de fran-

cia, tan sutíles como las de la araña, son hoy las preferidas para el calzado. Discurramos así por las demas piezas de nuestros trages y vestidos, y verémos prontamente que no se ha conocido un siglo tan locamente pródigo como el presente. Asi no bastan las mayores rentas; se devoran los fondos ó capitales; se hace ostentacion de una abundancia escandalosa; se quiere siempre superar al vecino; y para sostenerse en una situacion tan violenta, se buscan unos medios que deberian hacer odiosas las riquezas.

¡Qué formas tan costosas ha tomado el nuevo lu-

xo! Apenas hay hacienda que no contamine. ¡Rara extravagancia de la imaginacion! A la verdad que no puede ser mas pueril; y sin embargo, por semejantes frioleras se cometen unas baxezas que envilecen al hombre mediano, y una multitud de crímenes que le quitan la paz interior al rico. Exâminemos por un instante los diferentes caminos por donde se hizo salir de nuestro territorio á la amable *Economía*, y el simple cotejo de nuestros antiguos usos con los presentes nos conducirá al conocimiento del orígen y causas de nùestros locos gastos.

A mediados del siglo pa-

sado se ponian, en nuestras mesas mas opulentas, montones de comida, que se arreglaban quando mas en forma de pirámide. Estos platos pequeños de hoy, que cuestan mas que los grandes, aun no se conocian. Segun los franceses no hemos sabido comer con delicadeza hasta de unos veinte años á esta parte. En efecto, las entradas eran ántes un espectáculo que cortaban é interrumpian el festin; pero ya apenas las percibimos.

¿Quién será capaz de nombrar todos los significados de la nueva cocina, desde que los *Langüedocianos* la han reducido á un arte? Estos son los mejores

cocineros; por lo tanto se les paga veinte veces mas que al mejor ayo español, y no solo se les busca, sino que se les sufren muchas impertinencias, se les contenta si se enfadan, y se les sacrifican todos los demas criados de la casa. Su habilidad es tal, que saben hacer que una dama delicada se engulla una ave, sorviéndosela, porque el mascar no es ya cosa bien parecida; y así no debe probar mas que algunos jugos que desciendan blandamente á su estómago, sin él esfuerzo de la masticacion. En fin, ellos nos enseñan que la vianda no es buena mas que para la plebe, y que la plu-

ma es cosa muy comun. Solo han de servirse platos que no tengan el nombre ni apariencia de lo que son; y el primer cuidado del buen cocinero debe ser el de lisongear la vista, para mover el apetito. Miremos ahora por otro lado esta perspectiva.

Nos han acostumbrado ya á creer que no se puede comer, regalarse, ni engordar sin tener un servicio costosísimo, que un tropezon de un lacayo puede convertir en polbos. A tal extremo ha llegado la facisnacion de nuestro juicio! ¿Para qué se necesita que la baxilla sea del platero de mas moda, y que se refunda los mas años? ¿Qué hace el

Maitre-hotel, muy galoneado, con una servilleta sobre su hombro? ¿Es indispensable un repostero, traido de quinientas leguas para disponer unos postres, á que apenas se toca, y cuyo coste arruina? ¿Qué necesidad hay de muchos criados para estar peor servido que con pocos? No se reflexîona sobre que este exército vagamundo, formado únicamente para la apariencia, es la tropa auxîliar de la corrupcion mas peligrosa, y que esta populacion prestada y floreciente de Madrid causa los vastos desiertos en lo restante de nuestra monarquía.

Apicio, señor muy opu-

lento de Roma, en tiempo de Augusto, no podia contar los raros animales que cubrian su mesa traidos de las quatro partes del mundo. Estos manjares exquisitos, que la pérdida de su apetito no le dexaba ya gustar, servian para sus esclavos. Llegó el caso de tener que ajustar por sí mismo sus cuentas, y hallando que iba á verse reducido á la renta anual de doscientas y cincuenta mil libras, temió morirse de hambre; hízole su desesperacion recurrir al suicidio, y acabó con un veneno.

CAPITULO VII.

Bailes á la francesa.

Siempre se ha creido que en el baile solo debia condenarse el abuso, pues se cuenta entre la clase de exercicios propios de la juventud de los dos sexôs, porque enseña á presentarse en público con arte, á andar con ayre y compostura, y llevar el cuerpo con gracia. El contribuye á dar á la persona ciertos modos y aptitudes que favorecen mucho á los que se dedicaron á él con tiempo, por lo que debe aprenderse. Por desgracia de nuestro siglo, no se han

querido contentar los franceses con sus antiguos bayles, que se proponian los referidos fines; y los que han inventado nuevamente y nos han transmitido, exceden los límites de la inocencia; influyen en la salud; participan de su carácter libre y bullicioso; y avivan las pasiones incentivas, que destierran del corazon los sentimientos del recato y del honor.

Como la depravacion de la Francia llegó ya hasta el extremo de darse por inventora del arte universal de la corrupcion moral de la Europa, cierto filósofo de aquella nacion, temeroso de que algun dia se la quisiese

defraudar de la gloria de haber perfeccionado el arte de la danza, se explica así en uno de sus libros de moda: "Entre nosotros, *Noverre* es el que ha analizado la danza. Experimentó, sí, las contradicciones que la preocupacion lleva siempre de cuerpo de reserva contra toda invencion; pero supo despreciarlas, y alargó los límites de su arte. Desde entónces mereció esta ser considerada como una parte de la dramática. El ingenio de este gran maestro desterró del teatro las pelucas, tontillos y toneletes; y los quadros históricos y graciosos, llenos de grandeza, de expresion, de finura y de

magestad, han sucedido á aquellas insípidas figuras que habian arrebatado nuestra imaginacion. El amante de la verdad y de la naturaleza habia preguntado varias veces qué significaba tal género de baile, donde se balanzeaban los brazos, se levantaban los pies alternativamente, y donde se danzaba solo por danzar. Ya estaba decidido que el bayle no seria mas que una rueda de danzarines agitados continuamente sin causa alguna. Se estaba muy distante de preveer, ni aun por especulacion, que la danza llegaria á retratar una pintura en movimiento graciosa y animada, y que pudiese for-

mar quadros, variarlos á su gusto, y elevarse hasta el punto de presentar públicamente las pasiones humanas."

"Sin embargo, hoy son ya los bailes tanto mas expresivos quanto su lenguage es mas constreñido y cerrado. En esta accion muda, la sugecion parece que enciende la eloqüencia. Los pies hablan como los ojos; el sentimiento se pinta en las menores acciones; el alma se escapa por todas las posturas del cuerpo: todo es reflexîvo, determinante y pintoresco; y todo llama á la imaginacion, y la caracteriza. El amor y la desesperacion mudan de fisono-

mías, y dicen quanto quieren."

He copiado traducidos literalmente estos párrafos de este escritor para que puedan servir á nuestra posteridad de noticia y conocimiento del trastorno causado por los franceses en este ramo, que siempre fué tenido por agradable en todos los pueblos, y ellos han cambiado nuevamente en el mas destructivo de la sana moral. Reflexîonemos sobre las palabras del citado autor.

El dice que *Noverre* experimentó una fuerte oposicion en su nuevo establecimiento. Esto prueba que muchas buenas almas de aquella nacion veian los da-

ños de sus progresos en *el arte de pintar los quadros variados y expresivos que presentan al público las pasiones* que mas deberiamos ahogar en su nacimiento, léjos de dar pábulo á su voracidad, vanagloriándonos de ellas públicamente: pasiones que precipitan á la juventud, y tienen aun su atractivo para con la misma ancianidad, pues no dexa de esconderse entre las cenizas de las canas la chispa incendiaria, que causó el fuego en la edad juvenil: pasiones, cuyo mas fuerte freno es el rubor natural, que debe por todos medios conservarse, único arbitrio para contenerlas. ¿Y quién de-

xará de conocer que producen un efecto muy contrario *esos bailes de tanta eloqüencia donde los pies hablan igualmente que los ojos?* ¿dónde *las menores acciones* (de la indecencia, deberia añadir el filósofo) *pintan el sentimiento?* y dónde *se escapa el alma por todas las posturas* (indecorosas) *del cuerpo?*

Este es el estado en que tiene la Francia sus decantadas danzas dramáticas: este el alto punto de perfeccion á que segun ellos no llegaron jamas los *Batylos* ni *Pilades* de la antigua Roma, y el que deberá causar tambien el desastroso fin del imperio frances, como su-

cedió á aquella República y á la de Grecia, segun *Montesquieu*, porque no es la ciega fortuna la que mantiene los imperios sino la santa virtud, la qual es diametralmente opuesta á las escuelas públicas de lucibricidad, y de desemboltura, tales como los bailes de la opera de París.

Mas tal vez los de tertulia ó particulares, llamados comunmente por nosotros *bailes caseros*, habrán escapado de esse cambio ú alteracion peligrosa é inmoral, y así nos habrémos libertado los españoles de su contagio: veámoslo con brevedad.

El antiguo paspié y mi-

nué de los franceses fué el baile mas comun, que (como era regular) conocimos y usamos tambien nosotros en el siglo pasado. La provídad y compostura que exîgia este género de danza; la separacion ó distancia entre las personas que bailan; y la pausa de la música se conciliaban muy bien con la decencia. Entre nosotros, en los dias de alguna fiesta particular, en que queriamos ántes demostrar nuestra alegria, las *seguidillas y fandango* eran nuestra danza favorita y característica, en la que, á pesar de ser el compas mas vivo, habia las circunstancias dichas, que mantenian el decoro. Hoy

oigo decir que pasó ya todo esto, y que ni siquiera suenan bien estos nombres, pues que no se estilan en nuestros bayles caseros mas que la *greca*, *contradanzas*, *rigodones*, y que el que no se dedica á la *escuela francesa*, es un miembro inútil y enfadoso en nuestras modernas *academias*, título honroso que se dá á las asambleas nocturnas de esta Corte, donde se encuentra nuestra gallarda juventud para dar pruebas de sus lucidos progresos en la nueva enseñanza. Si esto es decente y útil no puedo decir yo; pero lo dirá por mí la carta siguiente de un padre nada ridículo y escrupuloso, y aun de

una religion, ménos rígida que la nuestra, pues que es de un ingles protestante. Dícele así á un filosofo periodista. "Muy señor mio: Yo soy un hombre de bastante edad, y que con mi honradez é industria me he adquirido bastantes bienes de fortuna para deber dar á mis hijos una buena educacion, como lo estoy haciendo. Mi hija mayor, de unos diez y seis años, hace algun tiempo que está con *Mr. Rigodon,* uno de nuestros mejores maestros de baile; y ayer noche, de acuerdo con su madre, se empeñó en que las habia de acompañar á su *academia.* Confieso á vmd. que jamás habia yo estado

en semejante funcion, y que me quedé absorto al ver lo que llamaban *bailar á la francesa*. Allí habia infinitos caballeretes y otras tantas señoritas, cuyos cuerpos no tenian, al parecer, mas movimiento que el que les inspiraba el biolin. Llegó el caso de las *contradanzas*, donde habia algo que no desagradaba, y varias *figuras emblemáticas*, compuestas sin duda por personas muy hábiles, para instruir á la juventud,

"La que mas me divirtió fué una, que creo que ha de llamarse, segun dixeron: *la Chasse de l'Ecueuil* (la caza de la ardilla) en que el caballero dá caza

á la señorita que le huye á galope; y en quanto ella se vuelve hácia él, se pone él á correr, y la señorita corre hasta que le coge. Me parece que este bayle contiene una moralidad muy propia para mantener la modestia y discrecion del bello sexô.

»Pero como no hay cosa tan buena y útil que no pueda viciarse, debo advertir á vmd. que se han introducido ya varios abusos en este exercicio. Yo no podia estarme sosegado en mi silla al ver á mi hija que daba las manos, y las tomaba de los caballeros con tanta familiaridad como si se hubieran criado siempre juntos, y viviesen aun en una

misma casa. Pues aun hubo mas; aseguro á vmd. que se extasiaban en términos, que formaban unas posturas las mas indecentes. En fin, ya un currutaco de aquellos mas abispados, dixo á los músicos que tocasen el *Marion Pately*, y despues de haber dado él dos ó tres cabriolas echó á correr hácia su compañera, la cogió por debaxo de los brazos, y la hizo dar vueltas en el aire de modo, que temiéndome yo que iba á estrellarse mi hija, fuí á ella volando, la agarré de la mano, y me la volví á mi casa,

"No creo, señor mio, ser aun tan viejo que chochee ya; pero á mí me pa-

rece que la diversion del baile se inventó únicamente con el fin de conservar una buena y lícita correspondencia entre los jóvenes de uno y otro sexô; yo no veo en esto ningun mal; pero tampoco apruebo los muchos y graves excesos que he visto se cometen. Piense vmd. de estos lo que le parezca, sin quedarse corto; en la inteligencia de que si vmd. se hubiera hallado en tal baile, hubiera encontrado su discurso mucha materia para poder filosofar. Queda de vmd. su servidor, &c.

CAPITULO VIII.

Usureros franceses.

La usura es un provecho, una utilidad ó una ganancia sacada de lo que se presta, bien sea en dinero ó en otras especies que se consumen por el uso. Esta ganancia es ilícita; porque no pudiendo el uso estar separado de la propiedad de las cosas, el que las presta no tiene derecho de exîgir mas que lo que ha prestado. La usura es contraria á la ley natural, segun la opinion de los mismos paganos, entre los que pueden citarse Platon, Aristóteles, Cice-

ron, &c. Entre los judíos estaba la usura tolerada únicamente; pero esto no se entendia respecto de los extrangeros. En la ley nueva manda Jesucristo á sus Apóstóles que presten, sin intencion siquiera de la menor ganancia. A pesar de esto hay varios casos en que puede tomarse cierto interes legítimo por las sumas prestadas, sin cometer usura, como lo demuestran nuestros autores *Navarro, Covarrubias y otros.*

La plata es una mercancía como otra qualquiera. Suele andar muy escasa, y nada se hace sin ella, como que es el principio y nervio de todo. ¿Qué hacen

públicamente los que llamamos entre nosotros cambiantes de letras? ¿No dan su dinero por el interes, calculando la cantidad, los riesgos, las distancias, y hasta el tiempo? Lo mismo sucede con los comerciantes á quienes damos nuestro dinero á ganancias; por tanto no debemos tener por usureros á los que prestan á un interes que el gobierno aprueba.

Los usureros pícaros y peligrosos, que deben ser perseguidos y disfamados por la ley, son aquellos ocultos que quatriplican cada año su capital, sin industria, sin riesgo ni trabajo. Los que esconden de la vista de los demas hombres los

medios criminales que emplean: agiotistas, tanto mas viles y crueles, quanto sus operaciones son mas hijas de las tinieblas y de la obscuridad.

Infinitos de estos séres despreciables, venidos con algun dinerejo de la Francia, inundaban los reinos de Valencia, Murcia, Aragon y las Andalucías, con los nombres supuestos de *mercaderes, comerciantes ó comisionados del comercio frances.* Con el mayor descaro, silenciosamente y sin ningun remordimiento interior, sembraban su oro al tiempo de las cosechas del indigente labrador. El papelillo de obligacion hecho de secreto

entre ambas partes, era el auténtico testimonio del corazon frio é inhumano de estas sanguijuelas de la sociedad. En él se fixaba á su arbitrio la tasa ó precio de los frutos, esparramados aun en el campo, en cuyo género se debian volver las sumas prestadas, y el aumento del tanto por ciento, al plazo de dos ó tres semanas. Esta era toda su industria, con la qual á pocos años eran ya dueños de las mejores posesiones de aquellos paises. Verdad es que por premio de sus favores recibian, ademas de lo dicho, el ódio y exêcracion universal; pero eran insensibles á todo, ménos á la

multiplicacion de su dinero. Como su iniqua dominacion estaba fundada sobre la absoluta indigencia de los pueblos de su residencia, en dos diferentes épocas en que se han hecho sentir en ellos (en el espacio de unos diez y ocho años) las convulsiones de nuestras revoluciones políticas, han sido los primeros á sufrir el desenfrenado rigor del populacho, cuyas necesidades habian insultado impiamente. Mas no hay que pensarse, que la codicia usuraria sea susceptible de enmienda, producida ni aun por los escarmientos sanguinarios y públicos. ¡Valencianos! si no estais alerta pron-

to vereis introducirse en vuestras colmenas otros nuevos zánganos franceses; pero os advierto, que no os seria de tanto daño su introduccion, como el horrendo atentado de oponerse á ella, sin los medios dictados por la ley! ¡Quién los quebranta impunemente! Nunca ha podido cometerse este crímen, sin que el mismo cielo le haya vengado.

CAPITULO IX.

Entusiasmo.

Hoy es quando todo español conoce lo que es el *entusiasmo*, aunque no sepa definirle lógicamente. El se siente conmovido de cierto impulso valeroso y noble, que no le agitó con igual actividad en ninguna otra ocasion de su vida. Sigue gustoso esta fuerza irresistible, que le obliga al abandono de sus hogares, (donde vivia con tranquilidad, contento y cómodamente) y se mira trasplantado al campo de batalla, cuya sola idea le estremecia en otros

tiempos. Véole rodeado de tristes privaciones, lleno de penalidades, y en medio de unos riesgos tan inminentes, que es casi imposible, que dexe de alcanzarle prontamente el plomo homicida, que dirigen contra él los monstruos sanguinarios de la Francia. Acosado por los ardientes rayos del sol en las llanuras de *Bailen*, despues de varios dias de combate, se encuentra en la batalla mas obstinada, porque debe de ser ya la decisiva ségun el plan del inmortal *Castaños*: sus secos labios no pueden dar salida á sus palabras; la falta del áspero alimento, que no ha podido saborear, le hace

dar unos pasos trémulos. Mi corazon palpita de temor por él, y se me figura que cada movimiento suyo va á ser el de su caida en tierra... ¡si será este un sueño de mi imaginacion! Mientras carga su fusil de nuevo, me parece que mira hácia sus compañeros de armas. ¡Ay de mí! si se querrá despedir de ellos con la vista! como que hace un esfuerzo para ablarles: ¿será vano é inutil?... no, no, de ningun modo: ¡*Viva España*! grita con una fuerza inesperada, que lleva su eco hasta las filas mas distantes, desde donde le responden unos: *viva la religion, y otros viva, viva Fernando VII.*

Esta es la mejor difinicion que puede darse del *entusiasmo*, pues que él mismo no es otra cosa que una emocion celestial; el resorte de las acciones heróicas; y en suma, aquel movimiento que honra la naturaleza humana, y la enardece y eleva.

La Religion, la patria, nuestros Soberanos y la humanidad, son los únicos objetos en que puede tener lugar el *entusiasmo*; qualquier otro motivo no deberá honrarse con este sagrado nombre, ni producirá mas que una efervescencia de ánimo pasagera y peligrosa, el falso calor y el lo-

co frenesí de un interes, ó deleitable ó vano.

La época presente de la reconquista de nuestra España presentará á las generaciones futuras el retrato mas fiel y verdadero del *entusiasmo* por la patria, que ha animado jamas el corazon ds quantos mortales se han sacrificado por ella en los siglos pasados y en los pueblos conocidos. Permítase á mi ternura la relacion del caso siguiente, que no ha podido dexar de conmoverme, porque conozco á los sugetos.

Dos hermanitos jóvenes de suficientes comodidades, y con una colocacion pro-

porcionada á la nobleza de su nacimiento, faltan de su casa á la hora de la comida. Su tierna madre corre ansiosa al quarto de su habitacion, que halla sola, y vé sobre un bufete una esquela abierta que dice así: "Mamá y muy señora nuestra, no hemos podido resistirnos al deseo de juntarnos con los que se esfuerzan hasta perder sus vidas por salvar la patria y nuestro Soberano, que como vmd. vé se hallan en el mayor peligro. Nos vamos á sentar plaza. Descuide vmd. y diga lo mismo a nuestro amado papá, pues Carlicos tiene ocho duros y yo quatro, los que nos bas-

tarán para llegar á nuestro destino, desde donde escribiremos á vmds., á quienes deseamos salud y felicidad, sus hijos siempre humildes y obedientes. M. C. P.

Madrid, &c.

Aquí tenemos la pureza del *entusiasmo*, inflamando estas dos tiernas almas de manera que no hay riesgo, trabajo, ni respeto alguno que intimide la heróica determinacion de su partida. Espían el momento de echarse fuera de la casa paternal, sin ser vistos. Salen á las dos de la tarde con el fuerte sol de ella; y economizando su caudalejo, llegan á pie á una posada distante, cinco

leguas de Madrid, donde cenan frugalmente, y sin necesidad de que como ántes, tenga otro el cuidado, se despiertan ántes de amanecer, y vuelven á emprender el camino de Talavera. Apenas entran aquí vuelan al cumplimiento de su heróico *entusiasmo*. Se alistan en el nuevo regimiento de *Leales de Fernando VII.* de soldados rasos. Comen en rancho con sus camaradas; duermen en su quartel sobre el esponjoso xergon de paja; y si no les descubrieran algunas personas condecoradas de la villa, que ablan al Gefe, y dan noticia á sus padres para que sepan su paradero, tal vez
G

hasta que hubiesen llegado con su regimiento á las fronteras de Francia, aunque agoviados por todo el rigor de la pobreza de su nuevo estado, ni hubieran escrito á nadie, ni hubieran pensado en salir de ella.

El Gefe de los vandidos inhumanos de la Francia, ¿podrá ofrecernos un exemplo como este? Los que siguen sus banderas sanguinarias, arrastrados por las argollas y otros instrumentos de fuerza, ¿podrán jamas ofrecerle voluntariamente el sacrificio de sus personas? y si solo la furiosa sed del oro y del libertinage les hace continuar en el exército, ¿qué empresas militares pue-

de confiar la Francia á unas tropas colectivas de varias naciones que la detestan? ¿Qué han de hacer sino huir de la batalla?

El deseo del robo ú del deleite es incapaz de *entusiasmo*, sin el que no hay accion grande, valor intrépido, sufrimiento en los trabajos, ni subordinacion en la pelea, de donde proviene el desórden del soldado, la inobediencia del oficial, la inaccion del Gefe, y la desesperacion de los Generales: causas que producen esos actos bárbaros de inmunidad, que ultrajan el pudor y la naturaleza, y hacen desaparecer, con la rapidez del polvo, arrebatado por

el uracan, á los mismos exércitos que los cometen, aunque sean mas numerosos que las estrellas del globo celeste. Nuestros dias nos ofrecen esta experiencia; recapitulemos los principales sucesos ocurridos en la usurpacion de esta monarquía, intentada por la pérfida astucia del tirano de la Europa.

¡En qué infeliz estado se miraba nuestra gloriosa España, quando mas necesitaba para su defensa de los últimos esfuerzos de un poder, como el que llegó á lograr en otros tiempos, y del qual apénas la quedaba ya mas que una confusa memoria! España, con su Capital ocupada por

numerosas tropas enemigas; tomadas sus principales ciudades, castillos y fortalezas por el engaño y la traicion; falta de exércitos que se habian extraido de su recinto con la mira de imposibilitarla; agotada de todos los medios para hacer la guerra; huérfana de su amado Rey Fernando, y últimamente ultrajada, cautiva y abandonada á su triste suerte, ¿puede tener ni una sombra siquiera de esperanza sobre el reintegro de sus derechos usurpados? ¿Qué arbitrio la queda ya de poder salvarse?.... Desesperen en hora buena las almas baxas y frias, yo sé que á la verdad no puede

recurrir mas que á uno so lo; pero vale por todos, porque es la dichosa áncora, que ha de procurarla su salvacion. ¿Y quál es? El del *entusiasmo de su libertad.* De esta chispa celestial sale el fuego incendiador, que convierte en humo esas huestes vándalas que abusaron brutalmente del honor que las dispensaba nuestra amistad, miéntras no llegó á conocer sus horrorosas depravaciones. Unos tres meses solos han bastado para hacernos con cien mil franceses muertos ó prisioneros; y entre ellos mas de veinte y cinco generales, de los qué tenian cubierta de terror toda la Europa, se preparaban para pasar al

Africa ; contaban por suya la América, y no querian perdonar al Asia. Todos estos proyectos de una fantasía vana, se estrellaron contra la formidable roca de nuestro *entusiasmo* patriótico. Abrigadle, españoles, con veneracion en vuestros leales pechos, y él cubrirá vuestras sienes con los laureles de la victoria, á la conclusion de una guerra que exîge el total exterminio del mayor monstruo que conoció la naturaleza, ó tal vez produxo el mismo averno para la destruccion del género humano. No desistais jamas. ¡Guerra contra Napoleon! Perezca con él hasta el último de sus sequaces,

sin distincion de clase, condicion ni sexô. Deba el mundo á vuestro heroico *entusiasmo* esta grande obra que han creido superior á sus propias fuerzas todas las demas naciones, y cuyos principios (en que adelantasteis á paso de gigantes) miran ellas con una santa emulacion, tributandoos sus aplausos y sus respetos. ¡Y vosotros, Héroes de un acendrado patriotismo! ¡Generales, cuyos nombres estarán siempre escritos en el corazon de los buenos españoles! Ministros principales de la restauracion de nuestra libertad, y como tales, encargados particularmente por la divinidad del sagrado depósi-

to de este don celestial que llamamos *entusiasmo*, comunicadle, como hasta aquí, con el exemplo de vuestras heroicas acciones, á los que con placer y confianza sirven baxo vuestras victoriosas banderas, para que logreis fixarlas sobre los muros del capitolio de ese nuevo Senado, que seducido ó ciego, franquea los restos de su poder al Machîavelo mas cruel é insidioso, pues que sabe sacrificar con una bárbara insensibilidad, á la inhumana política de su egoismo, los tronos, los altares, las naciones, y todos los derechos del hombre, que cubierto por la Europa de las marcas indecorosas de su de-

gradacion; errante é indigente como un triste cautivo, ni se atreve á entregar siquiera al desahogo de su llanto por el miedo de su delacion ante el tribunal sanguinario de este nuevo Legislador, cuyo corazon excede en crueldad y astucia á los fieros tigres del Africa, á las horribles serpientes de la Persia, y á los leones feroces de la India.

INDICE

De los capítulos que contiene este tomo.

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.


ROVINCIAL Y UN
SEVILLA

